

Imprimir

*Hoy en día, los grupos de presión y los asesores influyen más en los partidos políticos que los votantes y los afiliados. En *The Great Retreat*, el politólogo Didi Kuo demuestra que esto ha vaciado la democracia y facilitado el ascenso de la derecha. Reseña de *The Great Retreat: How the Decline of Political Parties Is Undermining American Democracy*, de Didi Kuo (Oxford University Press, 2025).*

Durante décadas después de la Segunda Guerra Mundial, politólogos, políticos reformistas y expertos lamentaron la debilidad de los partidos políticos estadounidenses. Se consideraba que los partidos eran ideológicamente incoherentes, dominados por intereses regionales o de grupo en lugar de estar unificados en torno a una plataforma clara -piénsese, por ejemplo, en el hecho de que en una época los archisegregacionistas y los líderes de los derechos civiles pertenecieran al mismo partido-. Los reformistas creían que una mayor coherencia ideológica haría más responsable al gobierno y más significativa la competición entre partidos, y ayudaría a los votantes a comprender mejor lo que está en juego en las elecciones.

Hoy, sin embargo, los partidos están más polarizados ideológicamente, centralizados e internamente disciplinados que nunca. La unidad en las votaciones al Congreso ha aumentado; la distancia ideológica entre los principales partidos se ha acentuado; y el partidismo predice mejor que nunca las posturas de los ciudadanos sobre los temas; y, sin embargo, más estadounidenses que nunca odian a los partidos políticos, y el futuro de la propia democracia parece en entredicho.

A primera vista, esto parecería sugerir que los partidos políticos son lamentablemente inadecuados como vehículos para una representación efectiva y para mantener una democracia vibrante.

Mientras que en el pasado los partidos funcionaban como organizaciones de masas integradas en la sociedad civil, ahora están cada vez más profesionalizados, dirigidos por las élites y desconectados de la vida cotidiana de la mayoría de los ciudadanos.

Por el contrario, en *The Great Retreat: How the Decline of Political Parties Is Undermining*

American Democracy, Didi Kuo defiende de forma contundente y muy persuasiva que unos partidos políticos fuertes son indispensables para la salud democrática. Lejos de ser obstáculos a superar, los partidos con una sólida organización interna, profundos vínculos con las comunidades y los grupos de interés, y plataformas ideológicamente coherentes que reflejen los intereses de sus principales electores son esenciales para frenar la ola de retroceso autoritario y reafirmar el control democrático sobre una economía cada vez más dominada por multimillonarios y plutócratas.

Según Kuo, la verdadera crisis no radica en el excesivo partidismo, sino en el vaciamiento de los partidos. Para defender la democracia y reclamar el control ciudadano sobre el capitalismo, sostiene, debemos reconstruir los partidos como intermediarios asociativos y densos entre los ciudadanos y el Estado.

Auge y declive de los partidos políticos

Históricamente, señala Kuo, los partidos políticos se forjaron a partir de organizaciones cívicas, religiosas y de clase preexistentes. No se limitaban a concurrir a las elecciones, sino que se incrustaban en las comunidades locales, vinculaban a los ciudadanos con las instituciones estatales y cultivaban la lealtad política a través de interacciones continuas entre ciclos electorales. Como señala Kuo sobre la era de la política maquinal de finales del siglo XIX, para mantener fuertes vínculos con los simpatizantes «era necesario saberlo todo sobre los votantes: “sus necesidades, sus gustos y aversiones, sus problemas y sus esperanzas”».

A su vez, los partidos servían como principal correa de transmisión para garantizar que la información llegara a los ciudadanos sobre lo que el gobierno hacía en su nombre. En este sentido, los partidos no son meras máquinas de conseguir votos, sino intermediarios democráticos que canalizan las opiniones y necesidades de las bases hacia el partido y garantizan que los simpatizantes de las bases sean conscientes del trabajo que el Estado realiza para ellos.

Además de la función clave de intermediación de los partidos a principios y mediados del siglo XX, Kuo destaca el papel fundamental desempeñado por los partidos socialdemócratas y sindicales de izquierda. Estas organizaciones, argumenta, consiguieron transformar el capitalismo integrando los mercados en las instituciones democráticas. Los partidos de izquierda institucionalizaron la negociación colectiva entre el trabajo y el capital, ampliaron la seguridad social y promovieron la redistribución y la planificación económica para suavizar los golpes más duros del libre mercado. Durante este periodo, los partidos políticos se entendieron ampliamente como soluciones democráticas a los excesos del capitalismo.

Sin embargo, a finales del siglo XX, los partidos políticos de Estados Unidos, Europa y otros países habían sufrido una profunda transformación. Si antes funcionaban como organizaciones de masas integradas en la sociedad civil, ahora se han profesionalizado, están dirigidos por las élites y desconectados de la vida cotidiana de la mayoría de los ciudadanos.

Esta transformación ha supuesto la externalización de las funciones básicas de los partidos - como la movilización de los votantes, la organización y la definición de los temas- a redes de grupos de presión y consultores. Como resultado, lo que hoy llamamos «partidos» son a menudo poco más que constelaciones de grupos de interés, grupos de reflexión, donantes y medios de comunicación. Como resultado, los partidos han dado cada vez más prioridad a las tácticas electorales a corto plazo, a la imagen de marca y a los mensajes en los medios de comunicación, frente al compromiso sostenido con los votantes.

En lugar de mantener una presencia duradera a lo largo de todo el año en la vida de los votantes, los partidos modernos suelen aparecer poco antes de las elecciones -si es que lo hacen- y despliegan estrategias de divulgación muy específicas dirigidas a sectores pequeños y potencialmente decisivos del electorado. En este modelo, la política se vuelve episódica y transaccional: se contacta con los votantes cuando es necesario, se les segmenta por rasgos demográficos o de comportamiento y se les insta a votar, pero, más allá de un pequeño núcleo de activistas, rara vez se les invita a participar en actividades partidistas sostenidas durante todo el año. Los partidos pueden seguir coordinando coaliciones

electorales, pero ya no son el lugar principal donde se forjan las identidades políticas o se desarrollan los intereses colectivos.

Kuo sostiene que la transformación de los partidos políticos no fue natural ni inevitable. Fue el resultado de decisiones estratégicas y cambios institucionales, muchos de ellos impulsados por los propios partidos de centro-izquierda. A medida que el neoliberalismo se afianzaba en las décadas de 1980 y 1990, los líderes de centroizquierda adoptaron cada vez más la gobernanza orientada al mercado, recurriendo a la desregulación, la privatización y la austeridad como herramientas de gobierno.

Durante el periodo neoliberal, como los partidos de centro-izquierda trataban de mantenerse dentro de los límites aceptables de la ortodoxia económica, su capacidad de ofrecer políticas audaces y creíbles para ayudar a los trabajadores se vio gravemente mermada. A medida que los partidos de izquierda adoptaban cada vez más plataformas económicas favorables al mercado y buscaban la triangulación política para ampliar su atractivo electoral, se hicieron más difíciles de distinguir de la derecha en cuestiones económicas fundamentales.

Cuando los partidos de la corriente dominante no dan prioridad a las preocupaciones económicas de las comunidades rezagadas, dejan espacio a líderes populistas autoritarios que traducen esas ansiedades en agravios culturales.

A su vez, sus esfuerzos por «compensar a los perdedores» de la globalización económica - especialmente los empleos manufactureros en las zonas industriales- apenas sirvieron para frenar el declive de décadas en el nivel de vida y las oportunidades vitales de las comunidades dejadas atrás por las políticas neoliberales. Esto alienó a muchos votantes de clase trabajadora, que se vieron cada vez menos representados por el sistema político.

Sin embargo, como describe Kuo, el cambio neoliberal hizo algo más que remodelar la política económica y social: redefinió el papel del Estado y de los partidos en la sociedad. En lugar de posicionarse como defensores de la capacidad del Estado para proporcionar bienes colectivos, los partidos de centro-izquierda a menudo se hicieron eco de la opinión neoliberal

de que el gobierno era ineficiente o gravoso. Al hacerlo, contribuyeron a una erosión más amplia de la confianza pública en el gobierno.

Este giro ideológico se vio agravado por un retroceso organizativo: a medida que los partidos se desprendían de su papel de intermediarios entre el Estado y la sociedad, dejaban de servir como conductos a través de los cuales los ciudadanos experimentaban los beneficios de las políticas públicas. El resultado fue un vaciamiento de la representación democrática, en la que los partidos ya no vinculaban a los votantes con el Estado, sino que se limitaban a buscar su apoyo en época de elecciones.

Mientras tanto, los cargos electos de los partidos de centro-izquierda se diferenciaban cada vez más social y económicamente de su base tradicional de clase trabajadora y dirigían cada vez más sus llamamientos electorales a los votantes más educados y acomodados. Esta divergencia de clase -combinada con un funcionamiento de los partidos cada vez más profesionalizado y dirigido por las élites- debilitó aún más los vínculos de los partidos con las comunidades obreras y socavó su legitimidad entre los votantes de clase trabajadora.

En el vacío político dejado por el giro de los partidos de centro-izquierda hacia el neoliberalismo, los votantes de clase trabajadora descontentos a menudo no son movilizados por programas de renovación económica, sino por populistas de derechas que reorientan los agravios de clase hacia el resentimiento por la inmigración, el multiculturalismo y la delincuencia. Como explica Kuo, «los votantes de la clase trabajadora optan por partidos populistas y de extrema derecha en cuestiones relacionadas con la inmigración y la ley y el orden, sobre todo cuando los partidos mayoritarios restan importancia a las cuestiones económicas».

Cuando los partidos de la corriente dominante no dan prioridad a las preocupaciones económicas de las comunidades rezagadas, dejan espacio a líderes populistas autoritarios que traducen esas ansiedades en agravios culturales, a menudo al servicio de los objetivos de la política económica de las élites o socavando las instituciones democráticas.

¿Pueden revivir los partidos?

Kuo propone una serie de estrategias encaminadas a reinsertar a los partidos en la sociedad y recuperar la confianza de los ciudadanos para frenar la ola de autoritarismo y plutocracia. Pide que se reconstruyan los partidos como instituciones asociativas mediante reformas como centralizar el control de los partidos sobre la financiación de las campañas para mitigar el papel de la financiación externa, reinvertir en la infraestructura local de los partidos y ampliar la participación de los afiliados.

También describe los esfuerzos creativos de algunos partidos europeos para ofrecer incentivos a la afiliación, que van desde la posibilidad de hacer aportaciones políticas y descuentos en servicios hasta la organización de actos sociales y el acceso a puestos directivos. Otros estudiosos han constatado de forma similar que la inclusión de las bases es vital para mantener lazos fuertes entre partidos y ciudadanos: la investigación sobre el Frente Amplio de Uruguay demuestra que ofrecer a los activistas una voz real en la toma de decisiones ayuda a mantener el apoyo y la movilización. En México, el partido Morena ha adoptado un enfoque más radical, seleccionando aleatoriamente a los candidatos a partir de listas de activistas del partido, lo que aumenta espectacularmente la representatividad y profundiza la identificación de los votantes con el partido. Pero aunque estas medidas pueden fomentar la participación en los márgenes, es poco probable que restablezcan el tipo de arraigo social que antaño sostenía a los partidos de masas.

Aunque éste es sólo un pequeño ejemplo, refleja una orientación estratégica más amplia: los progresistas deben pensar menos en términos de ciclos electorales y más en términos de reconstrucción a largo plazo de instituciones vacías.

De hecho, uno de los límites del análisis de Kuo es hasta qué punto subestima lo históricamente contingentes que eran los partidos fuertes. Como relata Kuo en detalle, los partidos fuertes surgieron en condiciones muy específicas: industrialización; una clase obrera numerosa, políticamente activa y menos diferenciada ocupacionalmente; y un tejido mucho más fuerte de vida cívico-asociativa.

Estas condiciones han desaparecido en gran medida. Sin ellas, no está claro que pueda resurgir nada parecido al modelo de partido de masas. Kuo reconoce esta tensión, pero no tiene plenamente en cuenta sus implicaciones estratégicas. Si los partidos ya no pueden contar con el movimiento obrero o la sociedad civil para sostenerse, ¿cuáles son las perspectivas reales de renovación de los partidos? ¿O nos quedamos simplemente con la nostalgia, comprensible pero en gran medida inútil, de un modo de hacer política admirable pero tristemente anacrónico?

Si es improbable que vuelva la era de los partidos de afiliación masiva construidos sobre el andamiaje de instituciones cívicas fuertes, se necesita un tipo diferente de esfuerzo de construcción de partidos, uno que invierta la relación tradicional entre los partidos y la sociedad civil. En lugar de esperar a que unas instituciones intermediarias fuertes impulsen la renovación de los partidos, puede que ahora los esfuerzos locales de los partidos tengan que generar lazos sociales allí donde actualmente existen pocos. Eso significa rechazar el modelo de campañas como grandes compras de publicidad y esfuerzos de última hora para atraer a los votantes, e invertir en estrategias de organización a largo plazo que construyan relaciones, confianza y propósitos compartidos en comunidades políticamente desatendidas.

Un ejemplo prometedor es el de la Rural Urban Bridge Initiative (RUBI), cuyo programa Community Works opera en condados rurales de bajos ingresos de Virginia y Georgia. Estos programas -recogida de alimentos, distribución de equipos de seguridad, limpieza de barrios- son apartidistas en su tono, pero cuentan con el apoyo discreto de los demócratas locales. Su objetivo es restablecer una presencia positiva y sostenida en comunidades a menudo descartadas por el partido.

Con el tiempo, estos esfuerzos podrían no sólo mejorar la percepción pública, sino también sentar las bases de unos lazos políticos más duraderos. Aunque éste es sólo un pequeño ejemplo, refleja una orientación estratégica más amplia: los progresistas deben pensar menos en términos de ciclos electorales y más en términos de reconstrucción a largo plazo de instituciones vacías.

¿Podemos reconstruir partidos políticos de afiliación masiva?

Por supuesto, desarrollar este tipo de infraestructura política es un gran reto, pero los recursos necesarios para comenzar el trabajo a una escala significativa no son difíciles de encontrar. En el ciclo electoral de 2024, por ejemplo, las campañas demócratas gastaron miles de millones de dólares en tácticas efímeras como la compra de anuncios de valor electoral incierto. Redirigir incluso una modesta parte de ese gasto a la organización comunitaria durante todo el año podría crear vínculos significativos en zonas abandonadas durante mucho tiempo por los demócratas, y sin afectar significativamente a los recursos necesarios para competir eficazmente en las próximas elecciones.

Esto no quiere decir que la creación de partidos locales pueda resolver por sí sola nuestra actual crisis democrática. Pero puede ser una de las pocas herramientas viables que quedan para restaurar el vínculo entre los ciudadanos y el Estado. Los partidos políticos no salvarán la democracia por sí solos. Sin embargo, sin ellos, el futuro de la democracia puede resultar tenue.

Jared Abbott, investigador del Center for Working-Class Politics y colaborador de Jacobin y Catalyst: A Journal of Theory and Strategy.

Fuente:

<https://sinpermiso.info/textos/podemos-reconstruir-partidos-politicos-de-afiliacion-masiva>

Foto tomada de:

<https://sinpermiso.info/textos/podemos-reconstruir-partidos-politicos-de-afiliacion-masiva>